

Preocupación por la libertad de comercio.

(Hobart Rowen, en "The Washington Post"-"Herald")

Durante cinco años, los congresistas demócratas intentaron presionar a Ronald Reagan para que utilizara una política comercial más dura, más agresiva. En el mundo actual de subvenciones y de intervención estatal en los negocios -sugerían aquellos- el "libre comercio" es un concepto académico pasado de moda.

El año pasado, con un déficit de 150 m.m. de dólares, un Congreso demócrata forzó la aprobación de una nueva legislación que contiene todo un conjunto de mecanismos destinados a tomar represalias contra la competencia "desleal".

Ahora corresponde a la administración Bush la aplicación de la nueva ley, y parece que el equipo del actual presidente está dispuesto a utilizarla de verdad. Esto es lo que se deduce de las palabras de Robert Mosbacher, el nuevo Secretario de Comercio, que han contado con el apluso de Richard Gephardt y otros representantes del importante Ways and Means Committee.

Todos estos se sienten satisfechos de que Mosbacher esté dispuesto no sólo a tomar represalias contra las prácticas "ilegales", sino a prestar ayudas a industrias específicas (como la de la televisión de alta definición), suavizando, v.g. , las actuales restricciones antimonopolio. Está por ver, con todo, si el resto de la administración Bush -en la que hay un reducto de verdaderos librecambistas- aceptará una política decididamente proteccionista. No debe olvidarse que la actual Administración todavía se presenta como defensora del libre comercio, si bien añade un "pero".

Dentro de pocas semanas, la representante de Estados Unidos para las negociaciones comerciales, Sra. Carla Hills, de acuerdo con la nueva ley, debe hacer públicos los nombres de los países que, a juicio de la Administración norteamericana, utilizan prácticas "desleales" en su comercio con Estados Unidos. Hasta ahora no se ha citado ningún nombre, pero cabe pensar que entre éstos figurarán los de los mayores países con excedentes en sus balanzas comerciales tales como Japón, Alemania, Taiwan y Corea del Sur.

En esencia, según la cosa es explicada por Mosbacher, el argumento de la nueva política es que Norteamérica debe estar más atenta a su seguridad económica, sin la cual no hay una auténtica seguridad nacional. Ahora bien, añade, "la seguridad económica depende de que no se nos excluya de los mercados de otros países".

En una conversación reciente, sugerí al Secretario de Comercio que la situación deficitaria presente podía ser atribuida en una gran parte a los problemas internos de Norteamérica: déficits presupuestarios, un sistema educativo deficiente, la falta de atención por la calidad de los productos, etc. Incluso proteccionistas como Gephardt reconocen que estos problemas

macroeconómicos suponen el 80 por ciento de la explicación, con lo que sólo quedaría un 20% atribuible a prácticas comerciales "desleales". La respuesta de Mosbacher fué que es difícil hablar de porcentajes, pero que las prácticas "desleales" no deben subestimarse, y que la Administración debe hacer algo contra las mismas.

La respuesta es débil. Nadie medianamente cuerdo defiende las prácticas desleales. Pero existe el riesgo de que los burócratas, presionados por la industria, llamen prácticas desleales a aquellas actividades perfectamente normales que los competidores de Estados Unidos, gracias a su habilidad, desarrollen mejor que los norteamericanos.

Una gran parte del déficit comercial de Estados Unidos se debe a que algunos productos norteamericanos no están a la altura deseada, mientras que existe una fuerte demanda de productos extranjeros de auténtica calidad. De ahí que el Secretario de Comercio esté estudiando un plan para otorgar ventajas fiscales a las empresas que consigan premios de calidad en concursos destinados a este fin.

La exigencia de un mayor rigor en la calidad es la mejor forma de atacar el problema comercial. Por supuesto, los japoneses utilizan los obstáculos no arancelarios para limitar las importaciones, y esto debe cambiar. Pero, aparte de esto, las cosas irían mejor si toda la energía que se pone en la eventual eliminación de las prácticas comerciales "desleales" se pusiera en la reducción del déficit fiscal y en garantizar la calidad de los productos propios.

-----